

## CAPÍTULO VII.

ESTUDIA GRAMÁTICA CON UN DOMINE, QUE POR LO QUE TOCA AL ENTENDIMIENTO, NO SE PODIA CASAR SIN DISPENSACION CON EL COJO DE VILLAORNATE.

En eso estaba ya Anton Zotes; pero la duda era, si le habia de enviar á Villagarcía, ó á cierto lugar, no distante de Campazas, donde habia un domine, que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian, que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo, que primero se habia de echar en un pozo, que permitir que su hijo fuese á Villagarcía, á que se le matasen los teatinos; porque su marido *todavía* tenia las señales de una *guelta* de azotes, que le habian dado en junta de generales, solo porque de cuando en cuando bebia dos ó tres azumbres de vino más de las que llevaba su *estómago*, y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías, y cosas que las hacen los mozos más honrados, sin que perdian por eso casamiento, ni dejen de cumplir honradamente con la *Perrochia*, como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente, que el muchacho fuese á estudiar con el domine; y más, que Anton Zotes afirmaba con

juramento, que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano el gimnasiarca, sin errar punto: cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el Páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2. Luego, pues, que llegó San Lúcas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele y á recomendarle al domine. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada, y ponderativa, furioso tabaquista, y perpétuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sido negro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada paso dichos, sentencias, hemistiquios y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Dijole Anton Zotes, que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza que pudiese. *Optimè enim verò*, le interrumpió luego el domine, esa es la primera obligacion de los padres *maximè* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Dijolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quàm ut filiorum curam habeant; iis præsertim quos Pluto non omnino insalutatos reliquit*. Añadió Anton Zotes, que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase. *Qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor: aunque mejor lo dijo el otro,

hablando de las madres y de las hijas: *De meretrice puta, quod sit semper filia... Nam sequitur levitèr filia matris iter*. Lo que ya V. vé, cuan fácilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obiter* sepa V. que á estos llamamos nosotros versos leoninos; porque así como el leon (*animal rugibile* le define el filósofo) cuando enrosca la cola, viene á caer la extremidad de ella (*cauda caudæ*, cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo ó de la espalda de la rugible fiera; así la cola del verso que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo V. en el exámetro: *puta-puta*: clavado: después en el pentámetro: *iter-levitèr*, de quien *iter* es eco. Porque, aunque un moderno (*quos Neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir, que esto de los ecos es invencion pueril, ridícula y de ayer acá, *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas, que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud: Nusquam Græcula quod recantat echo*. Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Eurípides, á Callimaco, y aún al mismo Gauradas, que no porque sea un poeta poco conocido, deja de tener más de dos mil años de antigüedad, yo le haria ver *luce meridiana clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaria, si era verosímil que inventase una cosa pueril y ridícula un hombre que se llamaba *Gauradas*; ¡*O furor*; ¡*O insania maledicendi!*

Pues, señor, prosiguió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene más que diez años, *Ætas humanioribus litteris aptissima* (in-

terrumpió el pedante), como dijo Justo Lipsio; y aún con mayor elegancia en otra parte: *decennis Romanæ lingue elementis maturatus*. Porque si bien es verdad que de esa y aún de menor edad se han visto en el mundo algunos niños, que ya eran perfectos gramáticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium Viterbiensem de præcocibus mentis partibus*); pero esos se llaman con razon monstruos de la naturaleza: *monstrum horrendum, ingens*. Y Quinto Horacio Flacco (*quem Lyricorum Antistitem extitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero præcoces fructus*. Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro..... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga V., le cortó el enlatinizado domine: *Siste gradum, viatro*. ¡El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí, señor, respondió el padre; ¡*ó fortunate nate!* exclamó el eruditísimo preceptor; ¡*ó niño mil veces afortunado!* Muchos ojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído V. en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojearon, tomando el presente por el pretérito, segun aquella figura retórica, *præsens pro præterito*, á quien nosotros llamamos *Enalage*: tratado que compuso un prevoste de los mercaderes de Leon de Francia, llamado monsieur Pericon; porque, ¡sépalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monsieures, y pueden ser prevostes. *Imó potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis his temporibus*; en nuestros dias hubo en la misma Francia un celeberrimo cojo llamado Gil Menage,

que aunque no fué cojo *naturâ suâ*, al fin, sea como se fuese, él fué cojo real y verdadero; esto es, cojo *realitèr, et à parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo: y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *sapientissimus claudorum quodquod fuerunt, et erunt*, que dijo doctamente Plinio el mozo. Pero, *meo videri*, en mi pobre juicio todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta, respecto del cojo de Villaornate; hablo, *intrâ suos limites*, en su línea de maestro de niños; y por eso dije, que este niño había sido mil veces afortunado en tener tal maestro; ¡*O fortunate nate!*

4. No lo es ménos, prosiguió Anton Zotes, en que V. lo sea suyo: *Non laudes hominem in vita sua; lauda post mortem*, dijo mesurado el domine. Son palabras del Espíritu Santo, pero mejor lo dijo el Profano: *Post fatum laudare decet, dum gloria certa*; Señor preceptor, ¡mejor que el Espíritu Santo! le preguntó Anton Zotes; pues qué; ahora se escandaliza V. de eso; ¿cuántas veces lo habrá oído en esos pulpitos á predicadores que se pierden de vista? así el Profeta Rey, así Jeremías, así Pablo; pero yo de otra manera. Eso que quiere decir sino..... pero yo lo diré mejor. *Præter quàm quod*: yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la Sagrada Escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *Verba sacræ scripturæ grammaticis exemplis confirmandis parum sunt idonea*. Eso ya lo leí yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía; replicó el buen Anton, y cierto que no dejé de escandalizarme. A ese llaman los teólogos, dijo el domine, *scandalum pu-*

*sillorum*, escándalo de parvulillos; y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por más que ellos las digan.

5. Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazon de Anton Zotes; y lo que suplico á V. es, que me cuide de este muchacho, que yo cuidaré de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum obligatio*, respondió el domine, *quos discipulis parentum loco esse decet*, dijo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los discipulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres. ¿Y dime, hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso; has estudiado algunos cánones gramaticales? No señor, respondió el chico prontamente, los cánones que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi madre se las quitó á un pato grande que tenemos en casa: ¿no es así, padre? Sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho, y le dijo: *non quero à te hoc*, no te pregunto eso; preguntote, si traes alguna talega. Señor, la talega era cuando andaba en sayas; pero después que me puso calzones, me la quitó señora madre. *Non valeo à risu temperare*, dijo el domine y en medio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo: *ingenium errando probat*, aún en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, si has estudiado algo del arte; ¿ah? eso, sí señor: ya llegué hasta *Musa*, æ. No has de de decir así, querido; sino *Musa*, *Musæ*. No, señor, no, señor: mi

arte no dice *Musa*, *Musæ*, sino *Musa*, *æ*. Vaya, según eso ¿has estudiado en el arte de Nebrija? No, señor, en mi arte no está pintada ninguna lagartija, sino un león muy guapo; mírele usted, y enseñóle el león, emblema ó insignia de la oficina, que está en la llana del frontis.

6. No dejaron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundio; pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo: *Ecce tibi sebosus*. Vé aquí uno de los errores tan crasos, como velas de sebo, que yo noto en este arte de Nebrija ó de la Cerda, de que usan los Padres de la Compañía, con quienes también estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso, *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero comenzar la gramática por *musa musæ*, es comenzar por dónde se ha de acabar: *cœpisti qua finis erat*: porque las musas, esto es, la poesía, es lo último que se ha de enseñar á los muchachos después de la retórica. Argumento es este que le he puesto á muchos jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme; pero ¿qué me habían de responder, sino tiene respuesta? *Deinde*, en la impresión de muchos artes, en lugar de poner *nominativo musa*, *genitivo musæ*, *dativo musæ*, *acusativo musam*, todo á la larga, y por extenso; por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *nom. musa, æ. Gen. æ. Dat. æ. Acus. am*: ¿y qué sucede? ó que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quam sit ridiculum*; ó que

sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar; *et nihil est tempore pretiosius*. Pero dónde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas, son en los tesauros, ya sea de Salas ya de Requejo. Va un niño á buscar un nombre, *exempli causa*, que hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater, matris*, halla *mater, tris*. Quiere saber que hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto, mittis*, encuentra *mitto, is*. Busca que hay por *camisa*, y en lugar de *subucula, subuculæ*, no lee más que *subucula, æ*. Antójasele, como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que había aprovechado, en la cual la dice, que la envía una camisa sucia, para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *Mater, tris; mitto, is; subucula, æ; ut labo, as; quid tibi videtur*; ¿qué le parece á usted, señor Anton Zotes? ¿Qué me ha de parecer? que aunque había oído mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenía alguna experiencia; pero habiéndole oído ahora, me he quedado aturdido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Catania, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio á Villagarcía; pues después de Dios, á ella se le debe el que mi hijo merezca tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dejó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, donde luego que llegó dijo á su mujer y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundio había tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, más afortunado había sido todavía en dar con un maestro como el domine, con quien le dejaba, por-

que era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déjelo, señor; aquello era una Babilonia: más de una hora estuvimos hablando mano á mano, y á cada palabra que yo le decia, luego me sacaba un rimerero de textos en latin, que no parecia sino que los traia en el balsopeto de una engrarina muy larga que tenia puesta. Por (1) fin, y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuautem* de los maestros de escuela; pero en línea de preceptor, el domine de Villamandos es el *per omnia secula seculorum*, y mientras Campos sea Campos, no habrá quién le desquite.

7. Con efecto, el paralelo no podia ser más justo; porque si el cultísimo cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en orden á la ortografía y á la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo domine no podia tener gusto más estrafalario en todo lo que tocaba á latinidad, comenzando por la ortografía latina, y acabando por la poesía. A la verdad él entendia medianamente los autores, y habia leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caian más en gracia los que eran más retumbantes, y más ininteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el mozo, á la grave magestad de

(1) Esta critica es muy oportuna. Son muchos los que siendo unos verdaderos ignorantes, aprenden de memoria una ó dos docenas de textos y sentencias de filósofos que encajan en cualquier conversacion, vengan ó no á cuento, y creen de este modo poder pasar por hombres entendidos. Los que son tan ignorantes como ellos, se quedan pasmados al escuchar lo que creen erudicion, al paso que los que son verdaderos sabios, se rien de los tales pedantes.

Ciceron; la oscuridad y la dureza de Valerio Máximo, á la dulce elegancia de Tito-Livio; los entusiasmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio: decia que Marcial era un insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaria pocas, que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos, porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin agustino, y olla sin tocino.

8. Para él no habia cosa como un libro, que tuviese título sonoro, pomposo y altisonante, y más si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoría. Por eso hacia una suprema estimacion de aquella famosa obra, intitulada: *Pentacontarchus, sive quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni litterarum ditione monstra prostigantur, abdita panduntur, latebræ ac tenebræ pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El pentacontarcho, esto es, el capitán de cincuenta soldados, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor y auspicio se persiguen y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura; se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos más ocultos y se ilustran las más densas tinieblas. Porque, si bien es verdad, que el título no

puede ser más ridículo, y más cuando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarcho se reduce á impugnar cincuenta errores, que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades, y no embargante, de que á la tercera paletada se le cansó la alegoría; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de soldados para salir á caza de monstruos ni fieras, y mucho ménos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos, ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del domine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrepitoso sonido de Pentacontarcho, capitán, soldados y estipendio, decia á sus discípulos que no se habia inventado título de libro semejante y que éste era el modo de bautizar las obras en culto y sonoro. Por el mismo principio le caia muy en gracia aquella parentacion latina, que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol-de Cardona, varon pio y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la cual se la puso este oportunísimo título: *Follis spiritualis, vento consolatorio turgidus acrophitio Sacre Scripture armatus, manaque Samaritani applicatus*. Es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la Sagrada Escritura, siendo su entonador el Samaritano; ¿quién hasta ahora, decia el pedantísimo preceptor, ha escogitado cosa más discreta ni más elegante? Si alguna pudiera competirle, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado, con esta

armoniosa inscripcion: *Fratrum Roseæ crucis fama scancia redux, buccina jubilæi ultimi, Eva hyperboleæ prænuncia, muntium Europæ cacumina suo clangore seriens, inter colles, et valles Araba resonans*: fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; trompeta sonora del último Jubileo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse, que lo demás es arrastrar por el suelo. Y no que lospreciados de críticos y de cultos han dado en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra á la primera ojeada, queriéndonos persuadir que así se debe hacer, que lo demás es *pedanteria*, nombre súcio y mal sonante. Y al decir esto se espitraba de cólera el enfurecido domine. Por toda razon de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan, que ni Ciceron, ni Tito-Livio, ni Cornelio Nepote, ni algun otro autor de los del siglo de Augusto, usaron jamás de títulos rumbosos, sino simples y naturales. *Ciceronis Epistolæ: orationes Ciceronis, Cicero de Officiis: historia Titi-Livii: annales Cornelii Tacitii*; y daca el siglo de Augusto, terna el siglo de Augusto, que nos tienen ensigliados y en-Augustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometieron muchos yerros, como lo dice expresamente la Iglesia en una oracion que comienza: *Deus qui errantibus*, y acaba: *per omnia secula seculorum*. Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito y cien Tácitos, cien Tito-Livios y cien Cicerones, lo que quisieren, todo

cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra intitulada: *Amphiteatrum sapientiæ eternæ, solius vere, Christiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-triunum-Catholicum; instructore Henrico Cunroth*. Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, unitrino-católico, construido ó fabricado por Enrico Conrath. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente, que son comprensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Después de haberla llamado á esta *Amphyteatro*; ¿qué cosa más aguda ni más oportuna, ni más al caso, que decir *construido, fabricado, y no escrito, ni compuesto* por Enrico Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si éste no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

## CAPÍTULO VIII.

SALE GERUNDIO DE LA ESCUELA DEL DÓMINE, HECHO UN LATINO HORROROSO.

DESPUÉS de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldición, que si por nuestros pecados le hubiera comprendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus más ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes, de que se compone un libro latino. Después del título del libro, les decia, se siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estruendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y más si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues ¿qué si se le añade un *Ex* á muchos de sus dictados, como *ex-definidor, ex-provincial, etc.*, y se le junta que esteólogo de la nunciatura, de la Junta de la Concepcion, Consultor de la Suprema, Predicador de su Magestad de los del número: sobre todo, si en los tí-